

### XXVIII

El remedio fué enérgico, pero tardío; la determinación de Pepe resultó estéril.

Tirso logró, por mediación de la Condesa, que, á más de su sueldo de capellán, le diera la cofradía habitación y luz, prestándose á ello las Hermanas cuando supieron que se trataba del agente encargado de facilitar la adquisición de los terrenos de Don Luis de Agredá.

Dofia Manuela pasaba las mañanas en las iglesias, frecuentando hasta las más lejanas de su casa, y las tardes en la *Limosna de la luz*, de donde solía volver cuando encendían los faroles de la calles. Leocadia, obligada por la fuerza de las circunstancias y quizá temerosa de su hermano, cuidaba algo más al padre; mas también volvió á las andadas.

Una tarde, al regresar Pepe de la imprenta, la encajera del portal le dijo que la *señá* Manuela y la señorita acababan de salir.

— Pero, ¿han salido las dos?

— ¡*Anda!* á media tarde ¡si *paece* que andan *too* el día *pingando!*

La situación llegó á ser insostenible: doña Manuela oía sin chistar los ruegos, súplicas y amenazas de su hijo, sin que de sus labios brotaran respuestas duras ó frases desapacible, mas tampoco promesa de enmienda. Leocadia alardeaba de rebelde con tal descaro, que su hermano empezó á comprender que la lucha era inútil. No le quedaba más recurso que hacer solo frente á la desgracia, dedicándose á permanecer todo el día cuidando de su padre; pero aun esto era irrealizable, porque necesitaba ir á trabajar y no podía estar en dos sitios á la vez: atendiendo á su enfermo, ¿cómo ganar el jornal? yendo á la imprenta, cómo asistir al padre.

La madre, rendida por los largos paseos que daba para ir casi diariamente á la *Limosna*, hacía de mala gana la cena en las primeras horas de la noche y se acostaba, ansiosa de madrugar y oír misa tempranito; de modo que, obligada Leocadia á soportar el tragín y

los tragines de la casa, todo lo descuidaba. La estrechez de recursos impuso economías, y entonces se resistió á sufrir ciertas privaciones y molestias. La cosa más insignificante era allí ocasión de disputa, y el último altercado era el de palabras más ágras. Una tarde, al querer Pepe acostar á don José antes de lo acostumbrado, vió que no le habían hecho la cama, y como increpase á su hermana, repuso ella.

—¿Soy yo criada? Ya que te llenas la boca de que eres el amo, trae á casa quien te sirva. Haré la cama de papá; pero la tuya la haces tú. . . . ó tráete de doncella á la novia.

La falta de dinero dió margen á escenas repugnantes. Millán llevaba adelantados á Pepe dos meses de jornales; fué preciso deshacerse de cuanto tenía algún valor; el reloj de don José, el de Pepe y varios cubiertos de plata se mal vendieron á un platero del portal; el dueño de la lonja de ultramarinos amenzó con no seguir fiando si no le entregaban algo á cuenta, y llegadas á tal extremo las cosas, aun se resistió Leocadia á empeñar una sortija de poco precio, que Pepe le regaló en tiempos más felices.

Un hecho de desgarradora elocuencia vi-

no, por fin, á demostrar la imposibilidad de que continuara aquel desconcierto, fundado en la profunda variación sufrida por la madre y la hija. Una noche Leocadia volvió sola de *La limosna*.

—¿Y mamá?—la preguntó su hermano.

—Mamá no viene.

El muchacho, fuera de sí, resistiéndose á entender lo que oía, cogió á la chica por un brazo, oprimiéndoselo duramente;

—¿Cómo que no viene?

—¡No seas bruto! ¡Esto te faltaba, pegarnos!

—¿Por qué no viene mamá? ¡Responde!

—Porque ahora tienen guardia las vigilantas cada ocho días.

—¿Qué dices de vigilantas? ¿Qué tiene mamá que ver con eso?

—Si hubiéramos hecho lo que dije, no pasaría esto. Ella no te ha querido decir. . . . Y ahora aguanto yo el chubasco. . . . Pues, nada, que la han hecho vigilanta y tiene una guardia por semana, y hoy le toca.

—¿Pero vigilanta de qué?

—De la hermandad. Las muchachas del taller van á las ocho, y á esa hora tiene que

estar allí para que no alboroten y para distribuir ó recoger labor.

Pepe la escuchó asombrado.

—¡Mi madre convertida en criada de monjas!— gritó con rabia. Los ojos se le arrastraron de lagrimas, y al cubrirse el rostro con las manos, por no entristecer más á su padre, vió que su precaución era inútil; el viejo lloraba también.

—¡Padre, padre de mi alma, nos vamos á quedar solos!--dijo, arrojándose en sus brazos.

—Tú no me dejarás, ¿verdad, hijo?

—¡Qué larga se les hizo aquella noche!

¡Cuántos proyectos, que de remedios imaginó Pepe, y con qué crueldad le dijo la razón fría que eran todos irrealizables! Don José, desvelado por la emoción sufrida, pasó en continúa queja las horas, y aun así sufrió menos que su hijo: Leocadia se acostó desagradablemente impresionada, pero al poco rato se durmió: Pepe, sentado junto á la cama de su padre y apoyada en su misma almohada la cabeza, oyó sonar en el reloj todas las horas de la noche. Al amanecer abrió el postigillo del balcón, y entonces la luz triste del alba, iluminando débilmente la alcoba, mos-

tró vacío, junto al viejo, el sitio de la madre. La muerte y no la ausencia, parecía haberla arrancado de allí. Pepe miró hacia la cama y, al no hallar sus ojos la cabeza tantas veces besada, los cerró, como si fuera preferible esgar á ver lo que veía. Entrada la mañana salió al comedor, llamando á Leocadia para que preparase el desayuno del padre, y la encontró en la cocina sentada en una silla, puesto ante otra el espejo, llena la falda de horquillas y concluyendo de hacerse un peinado complicadísimo.

A las nueve llegó doña Manuela, y Pepe, oyendo sus pasos en la escalera, la abrió la puerta antes de que llamase.

—Mamá—la dijo—no tengo autoridad sobre tí; pero reflexiona lo que estás haciendo y, si aún nos quieres....

No supo seguir y, arrojándose de rodillas á sus pies, la cogió una mano, que cubrió de lágrimas y besos.

—¡Hijo, por la Virgen del Carmen! ¡No es para tanto! ¡Ni que me hubiera muerto!

En seguida, viendo desde el pasillo que Leocadia estaba en la cocina, gritó:

—¡Mira, Leo, hazme á mí también chocolate, que vengo desfallecida!

Pepe se apartó para dejarla pasar, y sin poder ni querer contenerse, exclamó con ira:

—Maldito sea el fanatismo, que engendra tales cosas.

Millán permaneció en Avila durante algunas semanas, hasta dejar establecida y en actividad la imprenta cuya fundación le fué confiada. Cuando regresó á Madrid, le dijo Engracia que Pepe había ido á verla casi todos los dias, y que estaba agradecida á sus atenciones, especialmente á lo cariñoso que se manifestó con el niño; de suerte que Millán, apenas vió á su amigo, le dio gracias por el buen cumplimiento del encargo, y como estuvieran solos en el cuarto donde Pepe trabajaba, sin temor de que nadie viniese á molestarles, hablaron así:

—Sí, chico—decía Millán, aludiendo á sus relaciones con Engracia—la verdad es que me he encariñado con ella porque es muy buena. El muerto era un perdido, la trataba mal; ahora la pobre muchacha compara... y no sabe qué hacer para tenerme contento. Ya habrás visto lo hacendosa y lo limpia que es

—Si, tiene su casa como antes estaba la mía.

—De modo que siguen aburriéndote á fuerza de disgustos.

Contó Pepe á su compañero cuanto había ocurrido durante su ausencia, las consecuencias del sermón, el fanatismo de la madre, sus disgustos con Tirso, el modo que tuvo de echarle, y, por último, el deplorable extremo á que se veía reducido, refiriéndole, entre lloroso é irascible, cómo había faltado doña Manuela á dormir una noche á su casa, por ser vigilanta en la *Limosna de la luz*.

—Eso no tiene arreglo.

—He pensado en un remedio enérgico, brutal acaso, pero fuera de él no hallo otro, y para ponerlo en práctica necesito tu ayuda... y la de Engracia.

—No adivino.

—Dada la situación de mi padre, es insostenible el estado de mi casa: de continuar así, ni ellas le caidan ni yo trabajo. El dia que menos lo espere, mi madre se queda en ese convento de los demonios, sin que haya fuerzas humanas que la arranquen de allí. No puedes figurarte su actitud: no disputa ni contesta á mis reflexiones; calla y hace lo que quiere. Con Leocadia, la cosa varia: á cuanto digo,

responde que lo que debo hacer es buscar dinero....y, en el fondo, no le falta razón.

— Pero, ¿cuál es el remedio que has imaginado?

— ¡Cuánto supones tú que pueden darme por ser sustituto de uno que no quiera ser soldado?

— Muy duro me parece el sacrificio.

— A mí también; pero no veo otro camino de salvación. Cuánto crees que me darían?

— Agenciándolo bien, ¿qué sé yo? á lo sumo, cuatro ó cinco mi reales.

— Con eso tendría bastante para pagar lo que debemos y hacer frente á la situación; pero luego necesitaría tu apoyo.

— Cuenta con él.

— Mi proyecto es el siguiente: primero, buscar esa cantidad por el medio indicado; y luego, tener una entrevista seria con mi madre, ver si sé hablarla al corazón, aunque no espero nada. Si se hace cargo de la realidad, atiende á razones y promete enmienda, aún podemos vivir en paz: yo me mataré á trabajar.

— No te hagas ilusiones.

— En ese caso, tomar el dinero de la sustitución, pagar las pocas deudas y.....

Vaciló, sin atreverse á continuar.

— Habla, hombre, ¿qué más?

— Entregarte todo lo que me reste, y rogarte que te llesves á mi padre en casa de Engracia. Durante tu ausencia he visto lo limpia, dulce y trabajadora que es. Estoy seguro de que le cuidará bien. Por de pronto, ya digo, de esa cantidad te daría todo lo que pudiera, y en adelante, lo que conviniéramos con arreglo á lo que yo tuviese.

Millán guardó silencio.

Pepe, casi temeroso de una nueva decepción, añadió:

— Chico, no sabes lo harto que estoy de sufrir: hasta he pensado en llevarle á "los incurables;" pero me harían falta recomendaciones que no tengo, y no podría ver á mi padre cuando quisiera.... mientras que en casa de Engracia....

— ¿Querrá ella? — dijo el impresor.

— La he hablado, y dice que sí; pero que nada resolverá sin tu consentimiento.

— Pues por mí.... hecho—repuso Millán, sin valor para negar.

La expresión con que Pepe le miró, fué señal de su agradecimiento.

— Un gran inconveniente veo— continuó

Millán:—advierde cómo está todo; la guala arrecia por momentos, dicen que hay partidas hasta por Andalucía. ¿Has pensado que estás expuesto á tener que salir á que te rompan el alma por esos campos en cuanto te agreguen á un regimiento? Reflexiónalo despacio.

--Todo lo he pensado.

--¿Y qué dirá tu novia?

--¿No tengo que renunciar á mi madre!

Después de esto, ¿qué desengaño he de temer!

A pesar de todo, tengo confianza en ella.

--¿Estás resuelto?

--Si vosotros me hacéis el favor que os pido, sí.

--Cuenta con nosotros y, sin embargo, créeme, antes trata de ablandar á tu madre.

--No tengo esperanza de lograr nada, pero lo intentaré.

--Falta un cabo por atar; supones, y desgraciadamente no te equivocas, que tu madre y tu hermana irán á parar á la maldita cofradía; pero, ¿vas tú á quedarte en medio de la calle?

--He pensado en todo. Cuando el buñolero con quien vivía Pateta supo que tenía amores con su hija, no se opuso á las relacio-

nes, pero dijo al chico que no le parecía bien que siendo novios siguieran bajo el mismo techo, y el muchacho está hoy en una casa de huéspedes que le cuesta muy poco: con él pienso irme.

--Poco te durará la compañía, porque Pateta entra en quinta en estos días.

--¿Quién sabe si la suerte nos juntará por esos mundos!

--Pues no hay más que hablar, ya lo sabes; y si desgraciadamente llega el caso.....

--Me llevo á mi padre á tu casa, quiero decir á la de ella.

--Es lo mismo--añadió Millán sonriendo.

